

Guillermo Lora

**EL VERDADERO CONTENIDO DEL  
PROBLEMA ELECTORAL**

La Paz - Bolivia

*Ediciones*



## **EL VERDADERO CONTENIDO DEL PROBLEMA ELECTORAL**

### **(SIGNIFICADO DE LA ABSTENCIÓN)**

#### **¿ Que lugar ocupa la cuestión electoral en la situación política actual?**

**N**os encontramos en una situación revolucionaria que avanza hacia adelante, lo que supone la agudización de la lucha de clases. Es esta realidad la que se refleja en el problema electoral, que no debe ser considerado como la repetición mecánica de los procesos electorales que se dieron en el pasado, es más bien un fenómeno típico e inconfundible.

Desde hace algunas elecciones generales del pasado está presente en el escenario político-social un fenómeno nuevo e importante, la abstención electoral, que pese a ser oscilante tiende a consolidarse y hasta potenciarse. En nuestro país la abstención es resistencia a la Ley Electoral y a la Constitución -que convierten el derecho al voto en una obligación-, vale decir, al gobierno de turno y hasta al orden social establecido. La primera conclusión que se saca es que la abstención masiva es la expresión, del proceso de desintegración del Estado burgués de turno.

Se trata de una abstención peculiar y sería arbitrario confundirla con la que se da en otros países, en Estados Unidos, por ejemplo. En Bolivia es, concretamente, la expresión del repudio, de la protesta de vastos sectores de la ciudadanía contra la inutilidad de las elecciones, de la podredumbre del parlamento, de la incapacidad e inmoralidad de las autoridades constitucionales, sobre todo, de las del Poder Ejecutivo.

Nos encontramos ante una actitud política de rechazo de mayoría de la población a la clase dominante, a la burguesía. Este proceso se concretiza en la emancipación ideológica y organizativa de los explotados y oprimidos. Nos encontramos frente a un aspecto fundamental del proceso revolucionario, de la lucha de clase contra clase. La agudización de la lucha de clases aparece como la profundización del abismo que separa a la mayoría nacional timoneada por el proletariado de la burguesía minoritaria, íntegramente dependiente del imperialismo. Se puede decir que el pueblo está preocupado de defender sus intereses, que se mueve de espaldas a la clase dominante y a su gobierno de turno.

Así se da entre nosotros el proceso de desintegración de la sociedad capitalista atrasada; tal es la realidad, aunque la apariencia se presenta de otra manera. Se diría -y es esto lo que exteriorizan los ideólogos y periodistas del oficialismo- que gobierno y pueblo nada tienen que ver entre sí y que todo el proceso político se limita a lo que dice y hace la clase opresora y explotadora; desde este punto de vista las masas no contarían para nada. La burguesía en descomposición es conservadora y pugna por mantenerse en el poder indefinidamente, abriendo así el camino hacia la barbarie. Las masas -en un enorme porcentaje iletradas- son las protagonistas del cambio de la historia e instintivamente tiende a la destrucción del capitalismo.

La abstención electoral -éste es el movimiento legítimo de las masas- expresa el nivel de politización al que ha llegado la clase obrera y lleva en sus entrañas la lucha insurreccional, vale decir de la revolución social. Poco importa que la clase dominante se esfuerce en presentar al carnaval electoral como si fuese la expresión de todo el pueblo.

Pero, tanto el movimiento de abstención como la farsa electoral propia de los electoreros burgueses, no son del todo extraños entre sí, pues son expresiones de la lucha de clases entre proletariado y burguesía. La lucha de clase contra clase no puede mantenerse indefinidamente y uno de los extremos contrarios y excluyentes -proletariado y burguesía, vale decir abstencionismo y farsa electoral- se impondrá aplastando al otro.

## **LA ABSTENCIÓN MASIVA IMPORTA LA SUPERACIÓN DE LAS ILUSIONES DEMOCRÁTICAS Y EL AVANCE DE LA CONCIENCIA DE CLASE**

**E**l imperialismo, el orden social burgués, se encuentran en un acelerado proceso de desintegración; esta caída del capitalismo se da en medio de una podredumbre insospechada. Lo que los ideólogos de la burguesía decadente llaman globalización y la época de la tercera ola a este profundo y definitivo requebrajamiento del capitalismo mundial -con la finalidad artera de insinuar que la sociedad basada en la gran propiedad privada de los medios de producción es eterna- no es más que el fin del orden social burgués.

Cuanto más se agigantan las transnacionales se profundiza el abismo que separa a los pobres de los ricos, crece la desocupación masiva -descomunal destrucción de las fuerzas productivas-, caen verticalmente las remuneraciones, se acelera el ritmo del trabajo, se desconocen las conquistas sociales, se privatizan los servicios públicos, se pretende ocultar la relación obrero patronal con ayuda de los pequeños contratistas intermediarios, etc.

Al mismo tiempo crece la corrupción extrema de la burguesía. No se trata de un rejuvenecimiento de la sociedad burguesa, sino de su desintegración en medio de la corrupción, del robo, del contrabando, la prostitución, del tráfico de drogas, etc.

En escala mundial la burguesía, el imperialismo, han pretendido rejuvenecer al capitalismo en descomposición y eliminar todas sus consecuencias desastrosas con el retorno al liberalismo económico. Las ilusiones de las transnacionales se vieron potenciadas por la creencia de que la restauración capitalista en la ex-URSS (Perestroika) iba a dar nacimiento a un capitalismo renovado, vigoroso, con mucha vitalidad juvenil. Como era de esperarse, las cosas sucedieron de modo inverso y se tuvo que llegar a la conclusión de que a Rusia se trasladó el hambre, la desocupación, la delincuencia y la corrupción...

La podredumbre del imperialismo se ve potenciado en extremo en nuestro país semicolonial, como consecuencia del servilismo de la burguesía comercial y limosnera frente a Estados Unidos y de la propia miseria extrema que azota a la mayoría nacional.

Tampoco ahora hemos podido escapar a la regla de oro que impera en nuestra época: las leyes de la economía capitalista mundial imperan por encima de las fronteras nacionales y modifican la vida de los países atrasados.

Hasta esta altura nos hemos referido a la realidad objetiva, económica, que ciertamente determina el destino de la historia de la sociedad. Se puede decir, confirmando lo que se señala en el Programa de Transición de la Cuarta Internacional, que la economía capitalista se ha desarrollado hasta el extremo de convertir en una necesidad histórica la revolución social, vale decir, la transformación de la gran propiedad privada burguesa -monopolizada por las transnacionales- en propiedad social. Sostenemos que para evitar la caída de la sociedad en la barbarie estamos obligados a luchar por la sustitución de la actual sociedad capitalista podrida por otra sociedad sin explotados ni explotadores.

La necesidad histórica se trueca en realidad cuando en el seno de las fuerzas motrices de la revolución insurge la conciencia de clase, es decir, cuando maduran las condiciones subjetivas de la revolución social. Nos parece que esta cuestión es la que adquiere una importancia trascendental en la perspectiva de cumplir la tarea fundamental de transformar radicalmente la sociedad actual cimentada en la opresión, en la explotación y en la violencia reaccionaria.

Es en esta perspectiva trascendental que analizamos la táctica electoral que corresponde utilizar al movimiento revolucionario en la situación política actual. Tomamos el problema como una expresión del desarrollo de la conciencia de clase, de la politización de las masas, lo que viene a subrayar la enorme importancia que adquiere este problema para las masas en el campo político.

No hay la menor duda de que la democracia representativa constituye el punto más elevado de la organización política -vale decir estatal- de la burguesía, que surgió como el caudillo del tercer estado, de la mayoría nacional. El ordenamiento jurídico -la voluntad de la clase dominante expresada a través de las leyes- fue impuesto por la burguesía para someter a su explotación y opresión a los sectores mayoritarios. En ese momento inicial las masas creyeron y confiaron en la democracia y estaban seguros que el parlamento permitiría resolver los problemas propios de las mayorías de una manera pacífica, gradual y segura; en esta medida estaban atrapadas en las ilusiones democráticas. Los dueños del poder económico lograron hacer creer que los representantes del "pueblo soberano" se reúnen en el congreso para gobernar y resolver los problemas nacionales y sociales, en el marco del mandato que reciben de los electorales a través de la papeleta electoral.

Cuando imperan las ilusiones acerca de las bondades de las elecciones y del parlamentarismo -sobre todo cuando se cree que la voluntad mayoritaria de los electores impone la conducta que seguirán los parlamentarios y el gobierno en su conjunto- es claro que las masas no quieren ni aceptan empuñar las armas para expulsar a la burguesía del poder y que ellas se conviertan en gobierno. Si los de abajo confían en la papeleta electoral y consideran que con ayuda de ella se pueden subsanar todos los entuertos en el funcionamiento del aparato del Estado e imponer a los parlamentarios y al Poder Ejecutivo la rectificación de su conducta, quiere decir que los explotados y oprimidos están maniatados por el legalismo y por la ilusión de que el deliberar a través de los representantes salidos de las elecciones puede concluir transformando la misma esencia del orden social establecido mediante la violencia. Todo esto supone que la mayoría nacional está enganchada al carro de la burguesía, lo que supone que no ha logrado emanciparse ideológica y organizativamente de la burguesía y de su gobierno. Esto quiere decir que no ha madurado para poder cumplir a cabalidad su tarea de fuerza motriz de la revolución social.

En la atrasada Bolivia y encadenada al imperialismo, hemos pasado por una situación similar. Los sindicatos aparecieron durante los gobiernos liberales y eran fundamentalmente contingentes electorales. Los trabajadores buscaban una amplia y generosa legislación social, que la consideraban no como una reglamentación en el proceso de la producción -que supone la explotación del obrero por el capitalista- con miras a preservar a la fuerza de trabajo de su destrucción física, sino como el camino que conduciría a su total liberación. Esta tarea trascendental era confiada, por los propios explotados, a los parlamentarios -a los "representantes" de ellos- designados en las elecciones.

Como se ve, se trataban de ilusiones democráticas ilimitadas, de confianza en el parlamento y de la seguridad de que manejando debidamente la papeleta electoral podrían los trabajadores poner en pie a un gobierno, que vele realmente por sus intereses e inclusive por su liberación. Ni las organizaciones sindicales ni políticas de trabajadores se atrevían a llamar a las masas a repudiar el proceso electoral por contrario a los intereses históricos de los explotados y oprimidos. A lo que llegaban es a recomendar que se haga buen uso de la papeleta electoral.

Hay que subrayar con energía que ningún político y sindicalista se atrevía a convocar a las masas a pronunciarse repudiando los procesos electorales y a denunciar que ese camino no llevaba, precisamente a la emancipación de los trabajadores.

El poco desarrollo de la conciencia de clase de los oprimidos no les permitía revelar el verdadero contenido antiobrero de los procesos electorales. De una y otra manera se alentaba la creencia de que la papeleta electoral bien manejada concluiría coadyuvando a la liberación del asalariado. En alguna manera el casi ningún desarrollo de la conciencia de clase se veía coadyuvado por la influencia -ciertamente que apenas presente e inclusive extremadamente débil- de las corrientes foráneas socialdemócratas, del Partido Socialista, del anarquismo extremadamente difuso y del propio stalinismo. Estas tendencias artesanales, sindicalistas, nunca se atrevieron a plantear la urgencia de sustituir el electoralismo con la acción directa y tampoco plantearon que solamente la revolución social, el camino insurreccional, podían conducir a los explotados y oprimidos hacia su liberación y la puesta en pie de su propio gobierno.

Es sugerente que ahora -en un momento de radicalización de la lucha de clases, de ascenso revolucionario de las masas- todos los partidos que reclaman que su filiación entronca tanto en los movimientos populares, obreros y hasta campesinos, se hubiesen desplazado hacia las trincheras burguesas y se presente como electoralistas a ultranza. Únicamente el Partido Obrero Revolucionario -la vanguardia revolucionaria del proletariado- se ha colocado en una posición anti-electoralista y proclama la necesidad

de potenciar la abstención masiva.

Los medios de comunicación burguesa sostienen el despropósito de que eso de la abstención electoral es una impostura trotskysta, que todos están interesados en fortalecer el proceso electoral, esto porque las elecciones obligan a exponer sus programas a los candidatos, lo que es garantía para que los ciudadanos no cometan equívocos. Más o menos esto dice el cura J. Gramunt de Moragas en uno de sus sueltos, en el que ataca virulentamente al P.O.R. por haber inventado eso de la abstención masiva.

## **SOSTENEMOS QUE EN ESTE MOMENTO EL POTENCIAMIENTO DE LA ABSTENCIÓN MASIVA ES UN PASO HACIA LA REVOLUCIÓN**

**R**eiteramos que analizamos el problema de la táctica electoral que corresponde emplearse en este momento, partiendo del convencimiento de que la situación revolucionaria actual tiende a dar un paso hacia adelante. Si por ejemplo, estuviésemos viviendo una etapa de retroceso, reaccionaria, es claro que varía nuestro planteamiento en muchos puntos.

Se ha desatado furiosamente el carnaval electorero, sin embargo las masas vienen luchando cotidianamente en busca de la satisfacción de sus intereses y de la solución de sus problemas, dando la impresión de que no están informados de los trajines de los politiqueros burgueses y de sus sirvientes. Esto quiere decir que la corriente abstencionista viene de ayer y no debe ser considerada como algo que ha estallado el día de hoy. La conclusión obligada es que se trata de una tendencia madura, que ya tiene su propia historia y que es la expresión de tendencias profundamente enraizadas en las masas.

Concretamente, ¿qué expresa la abstención masiva? Hacemos esta pregunta porque puede darse el caso de fenómenos abstencionistas limitadamente coyunturales, llamadas a desaparecer no bien se verifiquen las elecciones de mediados de año. La abstención electoral en nuestro país aparece como la respuesta permanente a las sucesivas elecciones de la última época. No es una reacción ocasional a una provocación de los politiqueros de la clase dominante, sino una tendencia persistente que expresa el repudio de la población a los partidos burgueses, a sus gobiernos, a las autoridades, al ordenamiento jurídico, al parlamento y -más concretamente- a las propias elecciones.

Este fenómeno que palpamos todos los días enraíza en las convicciones políticas de los explotados y oprimidos. Dicho de otra manera, se trata de una expresión del avance de la conciencia de clase. De manera equivocada se podría sostener que abstención y anticapitalismo no se identifican como expresiones de la voluntad de acabar con el orden de cosas imperante. Seguramente llegan a esta conclusión los electoreros de "izquierda" o los indigenistas, que tanto esfuerzo vienen haciendo para llegar al parlamento. Ninguno de ellos sostiene que hay que negarse a ir al parlamento, porque esta actitud es contrario a la finalidad estratégica de la revolución social.

Hasta inmediatamente después del 9 de abril de 1952, los revolucionarios estaban obligados a terciar en las elecciones e inclusive buscar la conquista de curules. Hasta este punto todos los izquierdistas estaban de acuerdo, pero no bien se daba un paso adelante surgían las discrepancias, esto sucedía cuando se preguntaba: ¿para qué volverse parlamentarios? Únicamente los poristas dieron, en los hechos, la respuesta leninista: convertir al parlamento en tribuna revolucionaria, soldarse con las masas para impulsarlas hacia la revolución. Se trataba concretamente, en aprovechar al propio parlamento, para ayudar a las masas a agotar las ilusiones democráticas.

Eso ha hecho el POR en la práctica, lo que le ha permitido soldarse con los explotados y oprimidos, convertirse en parte de su tradición.

Están dadas las condiciones para que la abstención masiva se potencie, lo que, a su vez, aproximará a los explotados y oprimidos a la lucha por la conquista del poder.

No se trata de realizar únicamente campaña contraria a las elecciones, sino de soldar la abstención con la lucha contra la política global del gobierno burgués, contra las leyes malditas y el imperialismo. No

es suficiente la abstención, corresponde derrotar en las calles la política privatizadora, hambreadora y vendepatria.

Unicamente de esta manera se podrá soldar la batalla por la abstención masiva con la que se viene librando contra la burguesía y su gobierno de turno.

Al mismo tiempo, la abstención no sólo debe encaminarse a arrastrar al boicot electoral, sino a ganar a los mayores sectores populares y a los organismos coercitivos del Estado para el programa de la revolución proletaria y del gobierno obrero-campesino.

No es suficiente de que gran parte de la ciudadanía, no se inscriba en los registros electorales o no sufrague, sino que esa masa debe ya tener resuelto el problema del armamento para que la insurrección se convierta en una victoria. En resumen: hay que ganar a las capas revolucionarias y jóvenes de las fuerzas armadas y de la policía.

La victoria de la abstención debe ser un paso adelante en el camino de la revolución social.

Marzo de 1997.

## ¿A DONDE APUNTA LA ABSTENCIÓN ELECTORAL?

**E**l pueblo boliviano proclama que su candidato para las próximas elecciones es la abstención, esto porque sienten asco por la conducta tenebrosa de todos los candidatos burgueses, reformistas y colaboradores de los que explotan a la mayoría nacional.

Votar por los candidatos de los partidos patronales o burgueses, por los "izquierdistas" desesperados de recibir paga y otros beneficios de los explotadores y del imperialismo, por los mal llamados indigenistas y kataristas (Túpac Katari, el que supo acaudillar un descomunal movimiento contra los opresores, seguramente se está retorciendo en su tumba al observar la inconducta de los que tienen el atrevimiento de invocar su nombre), importaría aceptar la venta de Bolivia a las transnacionales, apoyar la política liberal que se traduce en desocupación masiva, en salarios miserables, en hambre, en enfermedades, en fin, en destrucción física de los trabajadores.

Los vendepatrias, los chupasangres, los narcotraficantes, los ladrones, los payasos, no merecen nuestro voto y sí un salvazo en el rostro.

Es por esto que la mayoría nacional no votará por ningún candidato, lo que se traducirá en:

1) No concurrencia a los recintos electorales.

2) En caso de que las autoridades hagan votar con el látigo en la mano, se debe hacer con papeleta blanca, con inscripciones que retraten la sinvergüenzura de los candidatos o colocando una gran **X** sobre todos los rostros de los cuerudos que tienen el cinismo de postularse para figurar cuatro años como representantes del pueblo.

Decimos a todos que la abstención, el voto blanco, el nulo y el pifiado, no favorecen a ningún candidato u organización partidista, sino que representan un rudo revéz en el rostro de todos los politiqueros y es la indiscutible victoria del pueblo dispuesto a liberarse.

Pasamos a explicar cuáles son los fundamentos de la abstención en el momento actual.

## LA SITUACIÓN POLÍTICA IMPERANTE

**S**oportamos las consecuencias de la crisis económica estructural del capitalismo y de dimensión internacional, que nos ha sido impuesta desde afuera, una prueba más de que formamos parte integrante, con todas nuestras particularidades nacionales y que hay que tomarlas en cuenta, de la

economía mundial, que domina a la nacional y la transforma.

Bolivia es un país capitalista atrasado, de economía combinada e integrante de la economía mundial. El peso del precapitalismo es considerable y no debe ser pasado por alto, consecuencia del poco desarrollo del capitalismo en el país, lo que se traduce en una situación de extrema miseria en la que están inmersos los sectores mayoritarios de la población.

La presencia del precapitalismo está también representada por la opresión secular y dramática que soportan aymaras, quechuas, guaraníes, etc., íntimamente ligada al no resuelto problema de la tierra, y que constituye uno de los mayores escollos que impide el avance de la industrialización, el ensanchamiento del mercado interno, el tan buscado florecimiento de la democracia formal o burguesa, etc.

El localismo, carga volcánica de los movimientos regionales, no permite el afianzamiento de la unidad nacional, el fortalecimiento del Estado, la planificación de la economía, etc.

El capitalismo atrasado -supone el rezagamiento cultural, el primitivismo, la mugre, el analfabetismo, y otras calamidades- quiere decir que el país vive ya su experiencia capitalista, que ya no conocerá su desarrollo total e independiente del sojuzgamiento imperialista, pues ya no hay tiempo ni posibilidades para ello. Esta imposibilidad viene más del exterior que de dentro de las fronteras nacionales. No puede olvidarse que el sistema capitalista está viviendo su etapa de decadencia, de desintegración, fenómeno irreversible.

El débil y empobrecido Estado boliviano se asienta en el sojuzgamiento de las nacionalidades nativas, que constituyen la mayoría de la población y ésta agoniza estrangulada por un puñado de blancoides que monopolizan el manejo del aparato estatal y presumen de constituir una nación unitaria. Asoma en el horizonte la lucha de las nacionalidades oprimidas por lograr su liberación y que sólo puede darse imponiendo la autodeterminación o constitución de Estados soberanos -que pueden federarse o no según sus intereses- de aymaras, quechuas, guaraníes.

Estos factores condicionan la fragilidad e inestabilidad extremas del aparato estatal.

El limitado desarrollo del capitalismo se traduce en la miseria, en la virulencia de la lucha de clases y la ausencia de una clase media bien pagada e interesada en las reformas al orden social burgués, en la evolución gradual y pacífica, todo en el marco jurídico y parlamentario. Contrariamente, tanto los problemas nacionales y sociales, los grandes y los pequeños, son resueltos por los interesados siguiendo el camino de la acción directa de masas, violentando la ley y la voluntad de las autoridades; esto es todo lo contrario de la democracia formal. En resumen: Bolivia no ha conocido la democracia burguesa, tampoco existe ahora y no logrará imponerse en el futuro, debido a su extrema pobreza. Se puede comprobar que el gobierno democrático representativo es un lujo que solamente pueden darse los países muy ricos, las metrópolis capitalistas que saquean gran parte del mundo.

El gobierno democrático representativo constituye la forma más elevada de la actuación del Estado burgués.

Allí donde existe y funciona, sus bondades alcanzan y benefician a la clase dominante y a su entorno más próximo, pero no al proletariado explotado y menos a los sectores oprimidos y discriminados, que a veces se los margina del juego político presuntamente democrático.

Se habla con insistencia de que la tarea política fundamental consiste en mejorar y perfeccionar a la democracia formal burguesa. Aquí la demagogia se hermana con la ignorancia. Si realmente no hay democracia burguesa (en los hechos es una dictadura de clase), es todo un absurdo pretender perfeccionarla.

La miseria de las regiones, la falta de atención a sus necesidades primordiales, se deben a la falta de riqueza, al poco volumen de la producción, a la bajísima productividad, a la limitadísima exportación de mercancías, que se traducen en un constante déficit de la balanza comercial, etc., que únicamente pueden superarse mediante el salto hacia adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas, vale decir del conjunto de la economía nacional. Esta es la clave de la cuestión que muchos no quieren ver.

La descentralización administrativa puede -en ciertas condiciones- mejorar y tornar eficaz el manejo de los recursos existentes, pero no crear riqueza, que es de lo que se trata ahora. Es la demagogia de los politiqueros, de los burgueses incapaces e inmorales, la que ha creado la ilusión de que la descentralización del gobierno es suficiente para llevar prosperidad y superación de las regiones hasta ahora postergadas y que, en los hechos, son todas. La descentralización tampoco hará el milagro de hacer aparecer por ensalmo la democracia.

Ayer la feudalburguesía no pudo, por tener metido un pie en el latifundio, en la explotación de los siervos -de los pongos-, sacar toda la ventaja posible de su sometimiento al capital financiero y de la explotación de las materias primas, a fin de poder trocarse internamente, gracias a una evolución incesante, en una burguesía nacional. La clase dominante vio cerrada definitivamente esta posibilidad -después de 1952 apenas si llegó al nivel de comercial o intermediaria, como es el caso de la clase dominante de las semicolonias- y se vio condenada a ser destrozada en la incompleta revolución obrera del 9 de abril.

Hoy la burguesía boliviana -reiteramos que no es nacional, basada en la industria pesada- es extremadamente débil tanto en el plano económico como político. Para resolver los problemas que enfrenta estira la mano como recurso preferido, en espera de la limosna de las grandes metrópolis del capital financiero: voluntariamente se somete a los dictados de la naciones opresoras y, como gobierno supuestamente soberano, se agota en el empeño de materializar los planes impuestos por el imperialismo y que obedecen exclusivamente a los intereses y a la política colonialista de éste.

La penetración de las transnacionales -o capital financiero imperialista- y que comienza como enclave de explotación económica para concluir dominando políticamente al gobierno de turno, importa la destrucción de la soberanía nacional y el agravamiento de la opresión del país por las "metrópolis colonizadoras. El verdadero gobierno que tienen que soportar los bolivianos no está ubicado en la Plaza Murillo sino en las oficinas de la embajada norteamericana. En la constante pugna entre nación opresora y nación oprimida, el gobierno burgués se desplaza deliberadamente hacia la trinchera ocupada por la antipatria, por la nación opresora. Bolivia es una colonia de Estados Unidos.

Nadie ya duda de que el supuesto gobierno de los bolivianos no es más que el dócil instrumento de la potencia foránea, que oprime y explota despiadadamente al país. Los planes imperialistas son del todo extraños al país -ya se trate de la economía de mercado o de la destrucción de los cicales- y en la actualidad obedecen al propósito de superar las desastrosas consecuencias de la crisis capitalista, de hacer reflotar a la metrópoli imperialista, todo a costa de los países semicoloniales, del agravamiento de su miseria ya insoportable.

El Decreto 21060 dictado por el gobierno movimientista -Goni, el Patiño de hoy, se ufana de ser su verdadero creador- y su profundización por parte del Acuerdo Patriótico en el poder, son extraños del todo a las necesidades nacionales de la semicolonia yanqui, no buscan un gran potenciamiento económico, proteger la producción nacional, impedir el aniquilamiento económico del campesino, el potenciamiento del Estado como la única manera de poner un atajo enérgico a la invasión de las transnacionales y a la política colonialista del imperialismo.

La economía de mercado, el libre comercio, la libre contratación, el sistemático aumento de los impuestos y el ensanchamiento forzado del universo de los contribuyentes, etc., no obedecen al interés de desarrollar el conjunto de la economía boliviana, sino de facilitar la materialización de la política colonialista del imperialismo, ya que explotando y sojuzgando a todo el continente puede Estados Unidos preservar el liderazgo mundial.

No se precisa mucha imaginación para concluir que la burguesía criolla es la encarnación de la antipatria, el caballo de Troya que el imperialismo ha logrado introducir hasta el corazón mismo del país.

La conclusión que se desprende de todo lo dicho: para defender la soberanía del Estado, para reconquistar la libertad, para expulsar al imperialismo, necesariamente hay que ajustar cuentas con el gobierno burgués criollo, expulsarlo del poder. La lucha de la nación oprimida contra la nación opresora pasa inevitablemente por este camino.

La situación del país es catastrófica y la lucha de los bolivianos por liberarse dramática. No se trata de la estupidez o genialidad de los líderes políticos, de sus secreciones glandulares o cosas por el estilo, sino de

la contradicción fundamental que se da en la estructura económica de la sociedad, de su proyección social en la lucha de clases concretizada como choque entre el proletariado y la burguesía, y que determina las características fundamentales de la política que tiene lugar en el país. Esa contradicción se da entre la gran propiedad privada de los medios de producción -propiedad burguesa e imperialista- y las fuerzas productivas que en su intento de sobrepasarla se destrazan. La pequeña parcela en el agro es también un obstáculo opuesto a las fuerzas productivas, pero no fundamental.

Para lograr el aumento de la riqueza, el potenciamiento económico global, necesariamente tiene que destruirse la gran propiedad privada burguesa para sustituirla por la social.

Toda la impostura de los politiqueros, sus maniobras, la guerra fratricida entre ellos por llegar al poder, tienen lugar en el período signado por la posibilidad de la revolución social. Si la gran política revolucionaria del proletariado no es más que la expresión de la pugna de las fuerzas productivas por crecer y, por tanto, por acabar con el régimen de la gran propiedad privada burguesa, la miseria de los partidos burgueses y reformistas se ve minimizada y puesta al desnudo en toda su miseria por esta rebelión de las fuerzas ciegas de la historia contra el orden social imperante.

Es en este marco que el proletariado -la clase social revolucionaria por excelencia en nuestra época de decadencia del capitalismo internacional- pugna por trocarse en la dirección de toda la nación oprimida por el imperialismo. Lo dicho tiene que interpretarse como la posibilidad de que la clase obrera exprese políticamente los intereses generales de las otras clases sociales y de las nacionalidades nativas empobrecidas y explotadas. No estamos diciendo que el proletariado deba imponer su liderazgo a los otros sectores populares, sino que éstos logren expresarse políticamente a través de la clase que, no por casualidad, tiene la misión de sepultar al capitalismo y acabar con toda forma de opresión. Aquí radica la clave de la política boliviana y su comprensión puede permitir señalar una salida revolucionaria a la situación que se vive.

Las modificaciones de la situación política son determinadas por la transformaciones que se operan en la conciencia de las masas y es esto lo que corresponde determinar de una manera precisa.

Es cierto que el choque de las fuerzas productivas con las relaciones de producción -forma de propiedad imperante- abre el período de la revolución social, considerada como una posibilidad. Su materialización depende de la madurez de la conciencia de la clase revolucionaria, pues a ésta corresponde transformar la historia, en el marco de sus propias leyes. Si las masas no maduran políticamente no podrá darse la transformación cualitativa de la sociedad.

Cuando el factor objetivo (la estructura económica) ha madurado para la revolución, hace falta aún que ocurra otro tanto en el seno de la clase obrera, a fin de que ésta pueda realizar una lucha política encaminada a materializar las leyes de la historia encarnadas en las fuerzas productivas. Se trata de una condición insoslayable.

La madurez del factor económico no se reproduce mecánicamente como conciencia madura en el seno de las masas. Hace falta que el instinto de éstas se trueque en conciencia.

La manera cómo las clases intervienen en el proceso de la producción y que depende de si son propietarias o no de los medios de producción y en qué medida, es la fuente en la que se nutre el instinto de clase, que tratándose del proletariado es comunista. Este instinto es la fuerza que impulsa, de manera ciega y elemental, hacia la destrucción del capitalismo -requisito para el nacimiento del comunismo-, pero la constitución del gobierno de la clase revolucionaria y la orientación de los recursos de la comunidad hacia la futura sociedad, exige que el instinto clasista se trueque en conciencia, en actividad política, en partido-programa y, más concretamente, en la fórmula de determinado gobierno.

En este plano ya no estamos hablando de la clase como masa, sino de un proletariado consciente -sabe cómo es explotado y cómo y por qué caminos se liberará-, es decir estructurado en partido político, que es la pieza maestra para el cumplimiento de la revolución social. En este momento es tal el problema que debemos afrontar y resolver.

Si bien el partido político revolucionario -del proletariado- es la expresión consciente de lo que son tendencias elementales e instintivas en la estructura económica y en las masas, no aparece de manera

mecánica como reflejo del factor objetivo o económico, sino que se trata de un proceso de formación de la clase -cierto que en el marco del desarrollo de las fuerzas productivas-, de su historia y en la que se resumen los factores fundamentales de la realidad nacional y de las influencias ideológicas sobre los trabajadores y sus organizaciones, por ejemplo, los sindicatos. Esto explica por qué hay un marcado desarrollo desigual de la conciencia de la clase obrera de los diferentes países.

Tratándose del caso boliviano el atraso cultural del país, la carencia de la influencia vigorosa de diferentes tendencias sociales en el proceso de formación de la clase obrera, se trocó -en condiciones particulares- en la palanca que permitió al joven y minoritario proletariado dar un salto hacia arriba y apoderarse de un solo golpe de la expresión más elevada del desarrollo marxista universal, que no otra cosa es el trotskismo, la teoría de la revolución permanente.

La prueba de lo anterior se tiene en la adopción del proletariado minero de la "Tesis de Pulacayo" como documento ideológico y sindical. Su gran trascendencia aparece cuando comprobamos que desde ese momento la clase obrera, que no se ha apoderado toda ella y totalmente del alfabeto, desarrolla una temeraria política revolucionaria y exige del marxismo ideas concretas que respondan a los nuevos planteamientos que genera la vida de las masas. La lucha revolucionaria, la práctica transformadora de los explotados, aparece como fuente de creación de teoría y de fortalecimiento del propio partido del proletariado. Este proceso no puede comprenderse al margen de la inter-relación dialéctica entre clase y partido, que se condicionan mutuamente y, en cierto momento, la clase es partido.

Así se dan las condiciones para que -bajo el impulso del agravamiento de las condiciones materiales de vida y de trabajo de los obreros- las masas se incorporen a la lucha y sus objetivos y reivindicaciones inmediatas las transforman en políticas, al generalizarlas, al hacer posible la lucha de clase contra clase.

¿Cuándo las masas arremeten contra un determinado gobierno? cuando plantean sus reivindicaciones generales al conjunto de la clase dominante, vale decir, a su gobierno. La lucha de clase contra clase coloca en el centro de la disputa al Estado burgués,, es ya lucha política.

Los explotados tienen que madurar, gracias a su experiencia diaria, para comprender que un determinado gobierno carece de capacidad no sólo para libertarlos, sino inclusive para satisfacer sus demandas salariales, etc.

Cuando las masas ganan las calles y dirigen sus demandas y su oposición contra el gobierno es correcto hablar de una situación prerevolucionaria, que se supera en una francamente revolucionaria, que lleva la insurrección en sus entrañas, cuando grandes movilizaciones de explotados cuestionan el ordenamiento jurídico y la autoridad estatal.

En la actualidad comprobamos que diariamente las masas ganan las calles y luchan, utilizando la acción directa, buscando arrancar al gobierno determinadas demandas. Esta lucha tiende a generalizarse, a trocarse en política. Son estas consideraciones las que nos autorizan a sostener que hemos ingresado a una etapa revolucionaria, que pugna por acentuarse cada día más y más, pese a los obstáculos que encuentra en su camino y a la traición de reformistas, revisionistas y nacionalistas.

Los que hablan de que apenas se ha iniciado la lucha de las masas y que corresponde únicamente acumular fuerzas, para luego, en un futuro indeterminado, saldar cuentas con el gobierno, utilizando en sus argumentaciones la certeza de que las masas son exactamente iguales que sus direcciones o que, en la actualidad, están en la etapa de acumulación de fuerzas, para luego, en un futuro indeterminado pasar a la arremetida contra el gobierno. Utilizando lenguaje marxista tradicional se diría que nos encontramos en los inicios de una situación prerevolucionaria, en la que no se puede hablar de insurrección o de conquista del poder político por las masas.

Una revisión de la prensa diaria nos lleva al convencimiento de que están dadas las condiciones para que la lucha por el logro de mejores condiciones de vida y de trabajo, por la atención de las necesidades regionales, por la autodeterminación de las nacionalidades nativas oprimidas, pueda desembocar en una verdadera convulsión social, que necesariamente será política, pues se proyectará hacia el derrocamiento del gobierno burgués,

## DEMOCRACIA BURGUESA Y ELECCIONES

Uno de los planteamientos fundamentales del trotskismo boliviano y que no ha sido respondido hasta el momento por sus adversarios, sostiene que en Bolivia no hay democracia burguesa. Hemos indicado más arriba que la causa básica radica en el poco desarrollo capitalista del país, en la miseria, en la ausencia de una clase media bien pagada, etc.

No debe olvidarse que el gobierno democrático representativo es una de las expresiones más elevadas de la burguesía acaudillando a las naciones, que emergieron del feudalismo y que al estructurarse políticamente dieron nacimiento al Gran Estado Nacional.

Bolivia no solamente que no ha recorrido toda esa evolución, sino que se ha incorporado tardíamente a la economía mundial, y su supuesta democracia no ha sido, ni es, más que un remedo formal de lo sucedido en este plano en Europa y en los Estados Unidos de Norte América.

Corresponde reiterar que en la base del problema se encuentra la imposibilidad de que la burguesía criolla, en el marco de la opresión imperialista, pueda materializar el proyecto nacionalista burgués de lograr un pleno y libre desarrollo del capitalismo, que en ese caso sería el verdadero basamento del desarrollo de la democracia burguesa.

Durante el período feudal-burgués fueron inútiles los esfuerzos por estructurar un Estado democrático y convertir en realidad el planteamiento jurídico de la igualdad e independencia de los tres poderes del Estado.

Acaso el escollo mayor para la implantación de una democracia formal fue el voto calificado y el marginamiento de los procesos electorales de la mayoría de la población.

Entonces se pensó que una simple reforma de la ley era suficiente para convertir la ficción democrática en una realidad. Nadie planteó que también el problema de la democracia tenía que ser resuelto como consecuencia de la superación del choque de las fuerzas productivas con las relaciones de producción.

En 1952 se planteó con osadía el proyecto de lograr el desarrollo capitalista total e independiente y en este esquema fue formulada la reforma agraria, como supuesta solución al problema de la tierra. Se buscaba dar sustento material al florecimiento ilimitado de la democracia y del propio capitalismo.

Diferenciándose de todas las demás expresiones políticas, el trotskismo denunció que el Decreto de Reforma Agraria era inconfundiblemente contrarrevolucionario y anticampesino, porque obligaba a las masas del agro a retroceder y revisar lo que habían hecho con las manos empuñando los fusiles. A la ocupación total de los latifundios -que no podían existir a margen del trabajo servil o pongueaje- siguió la dictación de la norma jurídica que obligó a los campesinos a devolver a sus primitivos dueños parte de las haciendas ocupadas y, por lo menos en el texto del Decreto, se obligó a reconocer una indemnización a los que se habían enriquecido con el sudor y la sangre de los pongos.

La reforma agraria movimientista se ha detenido en el minifundio improductivo y en cierta medida ha agravado la miseria de los trabajadores del agro. El gobierno de Movimiento Nacionalista Revolucionario reconoció la semiciudadanía en favor de los campesinos analfabetos asumiendo así una posición más conservadora que la formulada en los primeros años de la república por algunos parlamentarios radicales.

De esta manera, la reforma emeenerrista no sentó las bases reales para el florecimiento de la democracia, no solamente por no haber reconocido el derecho de ser elegidos a todos los campesinos, analfabetos o no, sino porque la reforma agraria no logró el desarrollo boliviano capitalista total, no permitió un colosal aumento de la producción y de la riqueza, en fin, no sentó las bases para la superación de la miseria. Aquí hay que buscar las causas de la total frustración de los intentos de afianzar la democracia formal o burguesa.

La burguesía nativa arranca de 1952 y lo hace como dócil instrumento en manos del imperialismo. Esta la razón por la que no logra recuperar la soberanía del Estado y los gobiernos de turno no alcanzan a gobernar al país de acuerdo a los intereses nacionales y populares.

Si los bolivianos están impedidos -por voluntad de la clase dominante- de gobernarse a si mismos, es claro que no son aún libres y mal puede sostenerse que han sido creadas las condiciones para que puedan impulsar el desarrollo de la democracia burguesa. Bolivia es un país capitalista, pero de condición semicolonial, sometido a la voluntad y al gobierno de la nación opresora.

Esta deformación de la democracia representativa cobra realidad con la ayuda de un régimen en el cual el único Poder efectivo es el Ejecutivo, que monopoliza el manejo de las instituciones represivas, de la economía y de las decisiones que cobran trascendencia en la vida del país. Los otros poderes del Estado no pasan de ser cajas de resonancia del todopoderoso Ejecutivo. El parlamento existe en la medida en que dice sí a todo lo que ordena y hace el Presidente de la República. No alcanza a controlar la conducta y la política del Ejecutivo y no pasa de ser una mediocre fábrica de leyes.

Sabemos que la democracia más avanzada no es más que una dictadura de la burguesía, esto porque las mayorías no tienen el control de los medios de producción, en Bolivia esta realidad adquiere contornos catastróficos, como consecuencia de su atraso, desde el momento en el que el todopoderoso Ejecutivo no gobierna conforme a su voluntad y a los intereses del país, sino obedeciendo a la órdenes emanadas de Washington.

La llamada "democracia" no pasa de ser una impostura, una caricatura, que es aprovechada por el puñado de negociantes y traficantes, que saben utilizar el aparato estatal en su propio beneficio, para encubrir sus manos sucias, sus raterías.

Uno de los ejemplos más sugerentes es el de los parlamentarios, que no dudan en pagar decenas de miles de dólares para ser incluidos en la "franja de seguridad" de las candidaturas de los partidos patronales e inclusive de los reformistas. Es cierto que las dietas -aún descóntando la perspectiva de que seguirán siendo incrementadas- no les permitirán recuperar la inversión, por esto se dedican a sacar ventaja de su inmunidad y de su influencia entre las autoridades del gobierno, para realizar sucios negociados, para trasladarse al exterior y sacar ventaja de su situación de honorables".

Las tan publicitadas garantías democráticas alcanzan a beneficiar a la clase dominante, a los poderosos y sus allegados, pero no a la mayoría nacional, al pueblo, que continúa oprimido y exaccionado.

Al margen de la impostura "democrática" impuesta por la minoría de la población, los pobres, los explotados y oprimidos, conocen formas democráticas que nada tienen que ver con la democracia formal; se trata de la democracia directa, de la democracia obrera o de la practicada en las regiones campesinas, donde se practica el autogobierno.

Los revolucionarios, que repudian a la democracia burguesa, propugnan el retorno a las tradicionales formas democráticas de las naciones nativas, de las organizaciones campesinas, a la democracia obrera, practicada en alguna forma en los sindicatos y a la democracia directa que impera en los cabildos abiertos, en las asambleas regionales, etc. Para estructurar un nuevo Estado basado en la democracia directa primero hay que realizar la revolución social.

La burguesía no tiene posibilidades para desarrollar las fuerzas productivas, de donde arranca su incapacidad para poner en pie una democracia que responda a sus intereses de clase. Es por esto que decimos que no hay posibilidades de un futuro florecimiento de la democracia formal.

Bolivia, sus sectores mayoritarios, particularmente los obreros y campesinos, conocerán los beneficios de la democracia bajo la dictadura del proletariado, pero para esto se debe primeramente consumir la revolución social.

Si en el pasado la clase dominante se agotó en el empeño de materializar la democracia formal, el voto libre y limpio, hoy sucede una cosa semejante. Los gobiernos burgueses de turno prometen patrocinar las "elecciones más limpias y transparentes de la historia", pero en el momento de la prueba dirigen la trampa, el cohecho -inclusive masivo-, la deformación de la opinión pública gracias a la propaganda

millonaria, las promesas demagógicas y a veces inclusive el garrote, para imponer su voluntad, que es la de grupos empresariales y del propio imperialismo.

La democracia representativa pretende encubrir su carácter de dictadura de clase con la ficción jurídica de que todos los ciudadanos -componentes del "pueblo soberano"- son iguales ante la papeleta electoral y con la impostura de que el "soberano" gobierna durante el tiempo señalada por ley a nombre y por delegación del pueblo.

Entre nosotros la impostura queda al desnudo cuando se comprueba -y puede hacerlo el que desee- que en lugar de voto libre ha imperado e impera el obligado, el comprado con dinero, con favores, dádivas, etc., en una palabra el cohecho.

En el presente, el cohecho es ejercitado en grande por uno y otro bando político. Se hacen trabajos, se dan comilonas, para obligar a regiones íntegras a votar por tal o cual candidato, sin tomar en cuenta la ideología y el programa de los partidos burgueses y reformistas. De esa manera se busca arrastrar al "pueblo soberano" de las narices detrás del poder económico, de manera que aquel concluya convertido en pongo de los poderosos, de los agentes del imperialismo.

La cuestión fundamental no radica en denunciar que el pueblo vota -la verdad es que le hacen votar los dueños de las fortunas- y no elige, sino en lograr que los ciudadanos no sean encadenados al carro burgués con el recurso electoral. La abstención en este momento se convierte en el camino de la liberación de los explotados.

El voto del burgués -del dueño de una empresa, por ejemplo- es, además de su voto personal (un voto), el voto de toda la gente que obligadamente se mueve alrededor de él, de los que ha comprado. Esto se debe a que la burguesía es dueña de los medios de producción y éstos, en la sociedad capitalista, no pasan a manos de los explotados. Es absurdo decir que el ciudadano propietario (burgués) es igual que el no propietario ciudadano proletario, porque el primero arrastra gran cantidad de votos por encarnar el poder económico.

La evolución política de las masas, que se expresa a través del abstencionismo, las lleva a repudiar la farsa electoral, a comprender que la vía parlamentaria no conduce a la conquista del poder, que sólo puede materializarse por la insurrección.

Estamos convencidos que los explotados conocerán los beneficios de la democracia bajo la dictadura de proletariado, pero se tratará de una particular democracia, de la obrera. Para que esto sea posible hay que hacer la revolución social.

Una regla fundamental para la actividad del partido revolucionario: cuando las masas abrigan ilusiones democráticas corresponde ayudar a aquellas a superarlas.

Cuando las masas creen que depositando la papeleta multicolor en las ánforas pueden resolver sus problemas y hasta materializar su liberación, esto constituye un serio obstáculo que se levanta en el camino de la revolución, que no podrá ser materializada mientras los explotados y oprimidos confíen en la vía parlamentaria.

La línea tradicional del Partido Obrero Revolucionario en el plano electoral partió del planteamiento anterior. No hay que olvidar que a veces participó en las elecciones con candidatos propios, también con la intención central de criticar el electoralismo y esto desde el seno de las instituciones fundamentales del oficialismo, defendiendo, al mismo tiempo, el programa revolucionario.

El POR llegó al parlamento, no para llenarse los bolsillos con las dietas, para negociar, para emborrachar a las masas con algunas reformas, sino para transformarlo en tribuna revolucionaria que permita ganar a los explotados para el programa revolucionario del proletariado.

Como se ve, toda esta política estaba encaminada a agotar las ilusiones democráticas, a fin de que los explotados se encaminen a derrocar al gobierno burgués -hambreador, y vendepatria-, a no seguir confiando en el parlamentarismo y el legalismo y reemplazarlo por la acción directa de las masas.

El hombre de la calle tiene que llegar al convencimiento de que ha llegado la hora de que los oprimidos tomen en sus manos sus problemas y los resuelvan de acuerdo a sus intereses.

Esto supone que las masas han llegado a la conclusión de que el voto no resuelve nada, que ya no sirve para solucionar las cuestiones fundamentales que se presentan.

Se trata de una verdadera evolución política de las masas, partiendo de la experiencia de éstas.

Los teóricos al servicio de la burguesía, del reformismo, del revisionismo, se conforman con la tesis de que las masas están expresando por el canal de la abstención su indiferencia a la política, su atraso, en fin, su apoliticismo. De aquí su conclusión de que el primer deber de los "demócratas" consiste en combatir la abstención porque así se puede armar políticamente a las masas.

Citemos las razones por las que el POR sostiene que la poderosa corriente abstencionista -la que ahora está presente y no la abstención en general- constituye la expresión del salto que dan las masas en su maduración política. No sería correcto decir que se trata de un pequeño avance, sino de que los oprimidos se van armando para derrotar a la burguesía, a la gran

propiedad privada, para acabar con esa farsa que se pretende presentarla como democracia formal.

Algunos datos que confirman lo que decimos.

La corriente abstencionista aparece como imbatible. Tal la conclusión que sacamos del hecho de que se fortalece como respuesta a la propaganda millonaria en favor de los candidatos. La burla reilona de los sectores populares a las supuestas bondades de los politiqueros es prueba de que el abstencionismo se afirma más y más.

El cohecho masivo funciona aceleradamente y sus repercusiones son por demás sugerentes. Los hambrientos están dispuestos a recibir con la mano derecha el regalo, la suma de dinero por su voto pero en el momento de emitir el voto lo harán con la mano izquierda para identificarse y servir a la revolución.

Pocas veces ha sucedido esto. Casi siempre la propaganda apabulladora logró neutralizar, diluir y casi hacer desaparecer a la abstención.

En otras oportunidades las masas se desplazaron hacia el democratismo, se tornaron electoreras. Sin embargo su instinto de clase, su instinto comunista, las obligó, bajo el látigo de la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo, a retornar hacia la trinchera revolucionaria.

Adquiere mucha significación que la actual corriente abstencionista entronque en los problemas nacionales y sociales y en este momento los resuma. La victoria de la abstención puede ser el comienzo de su solución política.

La posición revolucionaria -porque puede proyectar y aproximar a los explotados y oprimidos hacia el cumplimiento del objetivo estratégico de la lucha revolucionaria- consiste en potenciar la tendencia abstencionista.

El electoralismo es más que nunca reaccionario porque busca hacer retroceder a las masas de las posiciones políticas que ya han ocupado.

En las actuales circunstancias, empujar a explotados y oprimidos hacia la ánforas significa apuntalar a la clase dominante que se desmorona, que con tanta dificultad puede todavía mantenerse en pie, aunque son sus últimos momentos. Como las masas ya han comenzado a marchar por su propio camino, empujarlas al electoralismo es intentar desviarlas de la lucha en la que están empeñadas, Esta es una labor francamente reaccionaria.

## SIGNIFICADO DE LA ABSTENCIÓN

Siendo la abstención la consecuencia de la madurez política de las masas, de actitud pasiva y de indiferencia se trueca en activa, en respuesta militante a todos los efectos negativos de la decadencia y desintegración de la clase dominante y de su impostura electorera.

Es esto lo que no tiene que olvidarse para señalar la línea política del momento y descubrir cuál es su perspectiva futura.

No pocas veces la abstención, el voto en blanco o nulo sólo ha mostrado indicios de descontento ante la inconducta de los partidos burgueses y de quienes los sirven. Ahora no se trata solamente de eso sino de afirmar la actitud antiburguesa que domina a todas las formas de lucha de las masas.

De manera inconsciente y política, la mayoría de los bolivianos expresa su voluntad de acabar con toda forma de gobierno burgués, aunque este se disfrace de democrático. En el momento actual la abstención se convierte en su expresión política más nítida.

Se puede decir que no votar o hacerlo en blanco o pifiado, significa ya desconocer al futuro gobierno burgués que amenaza imponerse por caminos torcidos, decir que los bolivianos no buscan ni desean un gobierno burgués salido de la farsa electoral y que están dispuestos a gobernarse a sí mismos.

La abstención es, pues, el desconocimiento en el acto de la votación del futuro gobierno que se distinguirá por hambreados y vendepatria.

Cuando las masas han madurado para encaminarse a la insurrección, afirman su desconocimiento del gobierno estructurado conforme al ordenamiento jurídico. La clase dominante se impone en la sociedad con ayuda de la ley, de la Constitución, expresión jurídica de la organización política de la nación sojuzgada por la burguesía. Para legitimar esta imposición la clase dominante precisa de las elecciones y del parlamentarismo.

La abstención, cuando es producto de la madurez política, significa el desconocimiento militante de la propia sociedad capitalista, de la estructura económica sobre la que se basa la explotación de los obreros y campesinos y el sojuzgamiento de la clase media y de la nacionalidades nativas. Ahora será fácil comprender que la abstención es la respuesta política adecuada cuando las masas radicalizadas están dispuestas a acabar con el orden social vigente.

El trabajo en medio de las masas populares nos ha convencido que éstas han evolucionado hasta este punto, pero algunos sectores más avanzados comienzan a preguntarse qué hacer después de las elecciones, después de la victoria masiva de la abstención.

Esta actitud del hombre de la calle pone en evidencia que se está proyectando hacia la necesidad de ajustar cuentas con el gobierno que emerja de la impostura electoral y democratizante.

Se puede decir que en el futuro inmediato, las masas exigirán que su dirección política dé una respuesta concreta acerca de la cuestión de cómo acabar con el gobierno impostor y fantasma.

Entonces la vanguardia estará obligada a señalar la perspectiva de expulsar del poder al gobierno burgués y de expropiar a la gran propiedad privada burguesa de los medios de producción.

En otras palabras, se está preparando el terreno político para que se materialice la revolución social.

Es ahora que la dirección partidista tiene que probar su capacidad para las futuras acciones llevando un trabajo contundente e inconfundible de orientación y potenciamiento de la actual corriente abstencionista masiva. En esta medida se fortalecerá y logrará preparar las mejores condiciones para la lucha inmediata.

## **¡VIVA LA VICTORIA APLASTANTE DE LA ABSTENCION!**

- \*No votes
- \*Si te obligan:
- \*Vota con papeleta blanca
  - \*Nulo o
  - \*Pifiado

La abstención nos prepara para desconocer ya al gobierno burgués y mañana expulsarlo del poder.

## **¡GOBIERNO DESCONOCIDO, GOBIERNO DERROCADO!**

Derrotar a los vendepatrias, narcos, ladrones, demagogos, sinvergüenzas y payasos.

Rechazar lo farsa democratizante y la impostura electoral. Los bolivianos no nos vendemos ni alquilamos, repudiamos el cohecho y el soborno.